

A propósito de mi novela sobre los viajes de Chico Paquito

Adela Ferreto de Sáenz

Es bueno escribir para los niños, lo malo es que es muy difícil acertar, es decir, llegar a ellos, interesarlos y conquistarlos. Para esto, dice Giovanni Jarvis, un comentarista de Pinocho, hay que saber su lenguaje que según él —Jarvis— sólo conocen algunos bienaventurados: locos, sabios, poetas. “Saber el lenguaje de los niños como las hadas conocen el de los pájaros”. Ese lenguaje simple, directo, límpido y mágico en el que expresan las realidades de su mundo, que jamás es el del adulto, es para mí como lo he dicho otras veces, la lengua primigenia del hombre, la poesía, que dio nombre a todas las cosas.

Esta lengua es también la de la naturaleza, la que murmuran los vientos y susurran las aguas, la del “árbol que canta”. La lengua del viento errabundo y las aguas montaraces, la voz de la vida libre e indómita, de la naturaleza salvaje que cada día alejamos más y más de los muros de nuestras ciudades, que estamos perdiendo, a pasos de mil veces siete leguas, quizá para siempre.

Pienso en nuestras cárceles de ladrillo y cemento, babeles ultracivilizadas, en donde hay niños que nunca han visto un árbol, un pajarillo, una bestezuela libre saltando entre la hierba, el cielo estrellado, un arroyo que nace.

Estamos perdiendo la comunicación, la comunión con la vida libre, múltiple y creadora. Y con lo creado.

La creación, tal como la conoció el hombre, por milenios integrados a ella, está pasando a ser una leyenda, el espejismo de un mito. Hemos alejado y borrado de nuestro entorno toda la maravilla, para lograr algo que se llama progreso y que nadie sabe hacia dónde va.

Pero el niño no es civilizado, no nace civilizado y tiene derecho al paraíso en que Dios puso al hombre, que es el mundo en su integridad.

Cuando quise escribir “La novela de los viajes y aventuras de Chico Paquito y sus duendes”, pensé en Costa Rica y en sus niños. En un niño mío, porque Chico Paquito es mi nieto y los nietos de todas las abuelas; y los hijos de todas las madres, confinados día con día, a espacios más reducidos, a casaceldas en donde su libre actividad y su alegría innata se agotan y mueren, porque allí no se puede jugar, ni hacer ruido; porque el aire apesta y las calles son peligro de muerte casi cierta, para el cuerpo y también para el espíritu.

Pensé en Costa Rica, tan linda en casi toda su historia, en su geografía, en su paisaje, y quise que mi nieto, que los niños, disfrutaran conociéndola. Disfrutarán de sus bosques (de lo que queda de ellos), de sus volcanes; subieran a sus altas cumbres, viajaran por sus mares, jugaran en sus playas. Quise también que viajaran por su pasado, contándoles algunas páginas de nuestra historia, como se cuenta un cuento de maravilla, sin fechas y casi sin nombres.

Puse a Chico Paquito a hacer estos viajes acompañado por los duendes, porque los niños siempre viajan con ellos, con sus encantadores, y con ellos van descifrando los secretos de las cosas y los misterios de la vida. (Al menos así debía de ser siempre). Y lo puse a encontrarse con duendes por todas partes, porque ese mundo de encanto que rodea al niño está lleno de secretos aún inviolados que guardan los genios de la vida.

Porque, creemos saber mucho pero, ¡qué vanos somos!, la naturale-

za sigue ganándonos la partida con sus perfectos mecanismos creadores hechos con la sabiduría y paciencia de los dioses a lo largo de milenios y eones. En ella todo ha sido inventado desde los cifrados códigos genéticos hasta la computadora que se maneja a sí misma, de un cerebro encerrado en mínima caja.

¿Si siquiera entendiéramos el laboratorio primordial de la vida; silencioso, sin ruedas ni motores, la pequeña lámina verde que llamamos hoja! ¿Seremos capaces de imitarlo siquiera alguna vez? Allí se producen harinas, azúcares, almidones, aceites, gomas, tintes, resinas, perfumes, venenos, medicamentos, se gestan formas, texturas, estructuras. Todo lo que pone en marcha la vida o la detiene.

¿Y los sistemas de multiplicación, de control, de defensa, en fin, de mantenimiento de la vida en su perfección y equilibrio admirables? ¿Podremos superarlos alguna vez?

Y todo esto en su proteica multiplicidad se ha logrado con medios, al parecer muy simples: la textura, el tamaño y la forma de una lámina verde tendida al sol. Y todo a la vez envuelto en un manto de gracia, de color, de verdor vivificante y de belleza tal, que podríamos, sin cansancio, contemplarlo toda una vida, y cien más.

En Chico Paquito quise decir a nuestros niños que amen y disfruten lo que aún queda, que ciertamente es mucho, de este paraíso en que nos pusieron los dioses y las vicisitudes de un viaje que amen y guarden ese tesoro.

Ojalá haya encontrado para decirselos, el lenguaje clave; ¡algunas de las mágicas palabras que ellos entienden y que saben llegar a sus almas y ganarlas! ¿Qué más podría querer?